



GERARDO GONZÁLEZ

## Para el que llegue primero

Ya están ahí, volando sobre mi cama, con sus dientes filosos y esa sonrisa tan parecida a la del Guasón cuando se burla de Batman y de Robin. Si yo tuviera el Batimóvil saldría de aquí y me iría con Batichica a que me consolara.

Pero esos diablos no me dejan moverme, y aunque he querido parar de llorar, no puedo, el miedo no me deja. Diosito, tú sabías que yo no quería hacerlo. No quería. Ellas comenzaron.

Creo que mis papás ya lo saben. En la cena no dejaban de mirarme. ¿Qué habrán pensado cuando casi vomito la leche? ¿O cuando me levanté de improviso después de estar con ellos mirando la televisión? Ellos se han quedado allá abajo, viendo la película. En cualquier momento, sus pasos se oirán en la escalera rumbo a mi cuarto, lentamente, como quien va a cumplir una misión muy peligrosa, como cuando el Hombre Araña con sus superpoderes destruyó a Plateado en la estación del tren.

Y estos diablos que no me dejan, que revolotean en mi cama y vigilan todos mis movimientos con esos ojos saltones rojos, muy rojos, igual de rojos a la canica que me ganó el Cacahuete el domingo. De seguro esperan que llegue Lucifer para llevarme y me pudra en los infiernos. Pero yo no quiero que me lleve, no quiero, por eso he empezado a rezar varias veces padrenuestroquestáenloscielos. Pero mi madre dice que a los niños malos se los lleva el Diablo, y que sólo cuando uno hace la primera comunión se puede salvar, porque si se tienen pecados nomás se confiesan al padre y éste los perdona y ya se puede ir al cielo.

Yo no he hecho la primera comunión y entonces me van a llevar. Y mi mamá dice que es bien feo el infierno, que hay puro fuego, y la gente que va ahí sufre mucho y está gritando todo el tiempo de dolor. Y de

seguro ha de doler mucho, mucho más que cuando mi mamá me llevó con un señor a sacarme un diente.

No lo voy a olvidar nunca, ella decía que no me iba a doler nada, y ahí voy yo de menso a sentarme en la silla de los tormentos, con la cabeza hacia atrás y con la bocota bien abierta. Sintiendo el asco de mirar a ese hombre de blanco tan extraordinariamente parecido a los matones del Buitre. El Buitre, que de seguro se habrá enterado que tengo un póster del Araña destruyéndolo y mandó a ese hombre para torturarme con esa lámpara que metió en mi boca. Y que de seguro era de rayos láser para destruir la garganta y nunca más pudiera pedir auxilio, y, por si no fuera suficiente, preparó una inyección para obligarme a comer todo lo que me dé mi madre. Sí, porque ella debió de estar de acuerdo con él, y por eso me agarró los brazos con fuerza para que no pudiera moverme. Y casi quise morirme al sentir la aguja destrozando mi encía. Y si así duele el infierno, yo no quiero que me lleven.

Y de seguro el Diablo no ha de tardar, porque ya se siente mucho calor. Estoy sude y sude. No sé si apagando la luz dejarán esos monstruos de danzar alrededor del foco. Pero tengo miedo de moverme de la cama. Escucho ruidos allá abajo. Se han de estar poniendo de acuerdo. Le dará vergüenza a mi papá verme llorando, siempre cuando lloro dice que parezco vieja, pero por más que me controlo, las lágrimas salen y salen. Yo no quiero ser vieja, y eso me da más coraje y más me pongo a llorar.

Ojalá estuviera aquí el Hombre Araña y me defendiera. Pero ha de tener mucho trabajo. Ya busqué toda la tarde en las revistas y no hay ningún caso como el mío. El Araña, si estuviera en mi lugar, de seguro habría vencido con su telaraña a los diablos y luego con una patada en el culo de Lucifer lo regresaría al infierno y no le quedarían ganas de regresar.

Cuando venga la policía, porque tiene que venir, los papás de María ya la han de haber llamado, de seguro vendrán en tres camionetas y una de la judicial con sus rifles, como cuando persiguieron por toda la colonia al Gato. El Hombre Araña, seguro, los desmayaría a todos y luego escaparíamos por la ventana.

Yo no sé quién va a llegar primero, si Lucifer, los policías o mis papás. A todos les tengo miedo. Todos van a torturarme.

El Diablo quemándome la piel, los brazos, la boca.



Con los policías me irá peor, mi papá dice que ponen electricidad por donde se hace pipí y que ahogan a la gente con los excusados.

Y mis papás. No sé qué me harán mis papás. Son terribles cuando están enojados, no entienden razones. A Luis una vez casi lo mata su papá a cintarazos cuando se enteró que lo habían expulsado de clases por haber golpeado en la cabeza a la maestra Meche. Si supieran los papás que la maestra nos avienta el borrador cuando alguien está distraído, y nos pasa al frente del pizarrón y nos da con la regla en las manos cuando no sabemos el resumen, y tenemos que llorar porque si no, nos sigue pegando. Si supieran también que el prefecto nos da coscorriones y casi nos arranca las orejas cuando nos ve fuera del salón. Si supieran eso, los papás seguro ya no nos mandarían a la escuela. O quién sabe y a lo mejor están de acuerdo con que nos peguen, porque cuando el mío va a la escuela, lo he visto platicando muy feliz con la maestra y el prefecto.

Yo ya no confío en mis papás. A lo mejor por eso, Súper Ratón y Batman y el Hombre Araña no tienen papás, para que nadie los obligue a ir a la escuela y para que nadie les diga que parecen viejas cuando lloran.

Yo no sé para qué Diosito hizo a las viejas. Diosito se equivocó al hacer a las niñas, sólo sirven para dar lata. Por culpa de ellas me van a castigar.

Nomás de pensar en María, Esther y Susana empiezo a temblar y a sudar más de lo que estoy sudando. A veces siento que me falta el aire para respirar.

Perdóname, Diosito, yo no quería hacerlo, pero ellas empezaron. Tú viste, se enojaron porque no les quise decir en el examen, que si les digo la maestra me hubiera visto y además de reprobarme me hubiera pegado con la regla. Por eso no les quise decir, pero ellas se enojaron y cuando salimos del examen me quitaron el suéter y lo arrastraron por la tierra. Yo no les hice caso, tú viste, pero en el recreo, por más que traté de que no me vieran, ellas me buscaron, me dijeron marica, y lo que más me enojó fue que me jalaran las greñas. Les dije que se pusieran en paz, que no se llevaran, pero ellas se rieron, se burlaron de mí delante de los demás niños. Cuando llegué a la casa mis papás, me regañaron porque traía el suéter lleno de polvo y yo le dije que ellas lo habían revolcado en la tierra, pero mi mamá me dijo que para qué me dejaba.

Yo hubiera olvidado todo si hoy no hubieran seguido dando lata. La maestra ni me hizo caso cuando le dije que no me dejaban en paz. Me quebraron el lápiz y me arrancaron hojas del cuaderno.

A la salida estuvieron aventándome en la parada del camión. Tuve ganas de tirarles piedras para que se fueran. Creí que me libraría de ellas al subir al camión, pero no, ahí vienen, me seguían a todos lados. Si hubiera tenido el súper aliento de Supermán las habría bajado con sólo soplarles. Yo me fui hasta atrás y allá me siguieron. Cuando Esther me pellizcó, no me pude aguantar y le jalé las greñas, pero luego luego una señora que me empieza a regañar diciéndome que no les anduviera pegando; vieja metiche, de seguro a sus hijos los ha de tener amarrados sin ver la televisión.

Y luego eso, que no quería ha-tú te hubieras eno-bieran roto la mo-la que me la rom-quitar y yo no la rompió. De sólo me iba a decir mi el coraje a las ma-pegué, yo no que-miedo, enojo, no

*Nomás de pensar en María, Esther y Susana empiezo a temblar y a sudar más de lo que estoy sudando. A veces siento que me falta el aire para respirar.*

cuando vi su sangre y al montón de gente rodeándola, me asusté mucho y corrí, corrí, hasta llegar a casa.

Y por eso van a venir a llevarme. Y no han de tardar. Los diablos cada vez gritan más, están alborotados, a lo mejor ya viene Lucifer, ya viene por mí. Yo no quiero quemarme.

¡Diosito, ayúdame!

Ya oigo pasos en la escalera, seguro son mis papás con la policía. Todos juntos van a llevarme.

No puedo escapar por la ventana como el Hombre Araña. Los Diablos no me dejarían, revolotean acercándose a la cama. Me dan ganas de dispararles, pero me acabaría todas las balas.

El sudor me baja por la frente y hace que me ardan los ojos, que siguen llorando. Se me está acalambrando el brazo y el dedo se me enga-

Diosito, tú viste cerlo, pero hasta jado si a ti te hu-chila. Susana fue pió, me la quería dejé, la jaló y la pensar en lo que papá, se me subió nos y por eso le ría, pero me dio lo sé. Después



rrota en el gatillo. Los pasos se escuchan más fuerte, no puedo respirar y mi papá dirá que parezco vieja. No, no quiero que me lleven.

Ayer vi en la tele cómo el detective mataba a varios rateros con una pistola, y yo tengo la pistola de mi papá. Ya me está pesando mucho. Los chillidos de los diablos aumentan, escucho gritos en la puerta, el calor me quema, apenas puedo pasar saliva. Ya están ahí, el sudor no me deja ver, veo sombras creciendo por todo el cuarto. Dios, son ellos, vienen por mí. ¡No se acerquen! ¡Váyanse! Yo no les quise hacer nada, ella tuvo la culpa. ¡Váyanse! Por favor. No se me acerquen. Tengo miedo. Estoy llorando. Me ahogo. El dedo se mueve en el gatillo. Cierro los ojos fuerte, fuerte, para siempre. ☒

GERARDO GONZÁLEZ es integrante de la  
Compañía de Teatro de la Universidad de Colima;  
con su obra narrativa ha ganado varios  
premios nacionales  
(rorro@hotmail.com)  
(Recepción: 27-07-07. Aceptación: 28-08-07)